

Conversación con Roger Grenier: de autores y amigos de América Latina

Gustavo Guerrero

Roger Grenier es, hoy por hoy, una de las figuras más queridas y respetadas de la literatura francesa contemporánea. Novelista, ensayista, biógrafo, hombre de cine y de radio, su labor le ha valido, desde hace ya muchos años, el más amplio reconocimiento de la crítica y un sinnúmero de premios entre los que cabe destacar el Fémina que recibió en 1972 por su novela *Cine-Roman* y el Gran Premio de la Academia Francesa que se le otorgó en 1985 por el conjunto de su obra. Nacido en 1919, en Caen, Grenier hizo sus estudios de bachillerato en Pau y completó más tarde su formación en París, en los seminarios de Gastón Bachelard. Su juventud, como la de casi todos sus compañeros de generación, está marcada por el compromiso y la acción política: en 1944, forma parte del grupo armado de la Resistencia que toma los edificios de la alcaldía durante la liberación de París. Apenas acabada la guerra, Camus, que ha de convertirse en uno de sus más cercanos amigos, lo incluye en el primer equipo de redacción de la revista *Combat*. En 1964, ingresa en el Comité de Lectura de la casa Gallimard donde se publican, en adelante, todas sus novelas y varios de sus ensayos, como *Albert Camus, soleil et ombre* (1987) y *Pascal Pia ou le droit au néant* (1989). Memoria viva de más de medio siglo de literatura, Roger Grenier es uno de los testigos presenciales de la difusión de la literatura latinoamericana en Francia y del paso de nuestros principales escritores por París. Muchos de ellos fueron sus amigos; otros, sus compañeros de aventuras literarias o políticas. De esto y de algunas cosas más tratamos de conversar aquí, alternando la erudición y el recuerdo, la anécdota vivida y el saber libresco, la historia con h mayúscula y también, valga el francés, *la petite histoire*.

*

— *En 1939, Roger Grenier es un joven lector de veinte años, voraz y omnívoro. ¿Qué sabía ese muchacho de América Latina y de la lite-*

ratura latinoamericana? ¿Conocía ya a Neruda o a Asturias, por ejemplo? ¿O llegó a leer las notas de Larbaud sobre Güiraldes, Reyes, o sobre otros autores latinoamericanos que, en ese entonces, vivían en París?

—Antes de la guerra, yo vivía en lo más recóndito de mi provincia, al pie de los Pirineos, aunque muy cerca de España, es cierto. Allí solíamos incluso ir a esquiar. Pero la verdad es que yo era muy ignorante. Nunca había oído hablar de Valery Larbaud ni de los escritores latinoamericanos que él daba a conocer en Francia. Por ese entonces, la única novela latinoamericana que cayó en mis manos fue *Iracema* de José de Alencar. Me atrajo el subtítulo «novela precolombina». Luego supe que el autor, un escritor y político brasileño del siglo XIX, se inscribía en la corriente de una literatura que trataba de los indígenas y su pasado. Ahora bien, aunque yo no supiera nada de Larbaud, había en Pau, en aquella época, un mundo parecido al de *Fermina Márquez*. Larbaud se había inspirado en sus años de colegial en Sainte-Barbe-des-Champs, un internado cosmopolita de los alrededores de París que él solía comparar a un gigantesco trasatlántico en ruta hacia las Américas. En el liceo de Pau, yo también me codeaba con sudamericanos, muchos de cierto o incierto origen vasco o bearnés, chicos que volvían a la tierra de sus antepasados, y que me atraían y fascinaban. Por lo general, se comportaban con un muy elegante desparpajo. Pienso especialmente en dos de ellos, dos hermanos que se copiaban sistemáticamente mis deberes, lo que les permitía entregarse a su pasión, el tenis. Creo que llegaron a ser campeones y disputaron la copa Davis. También teníamos nuestras Ferminas, esas lindas trigueñas de tez morena, tan finas. Muchos años después, en Buenos Aires, durante una visita a la Recoleta, me topé con el mausoleo de una de ellas, mi Fermina preferida, mejor dicho, me topé con el mausoleo de su familia. Una fachada de mármoles blancos y grises, dos ventanas con rejas de hierro, una gran cruz sobre la puerta y, en el frontón, el apellido. Quizá deba añadir que, en aquel entonces, los poetas locales de los que estábamos más orgullosos, Lautréamont, Jules Laforgue y Supervielle, habían nacido en Montevideo. Allí vi alguna vez el monumento que los reúne a los tres en un único homenaje: una carabela que simboliza su destino trasatlántico.

—*Usted fue durante muchos años el presidente de la Sociedad de Amigos de Valery Larbaud. El público francés conoce bastante bien,*

creo, los vínculos de Larbaud con el mundo anglosajón mientras que su relación con el mundo hispánico, aunque fue igualmente intensa, es por lo general ignorada o al menos poco reconocida. ¿Cómo explica esta asimetría que parece, por lo demás, inamovible y no cambia a pesar de la aparición reciente de obras como Desde la nave de plata, la serie de artículos que Larbaud publicó en La Nación en los años veinte?

—La relación de Larbaud con los escritores de América Latina empieza muy temprano. El primero al que lee es a Darío, que encarna entonces el modernismo. Ya en 1907, a los veinte y seis años, redacta un artículo sobre la influencia francesa en las literaturas de lengua española para la revista *El Nuevo Mercurio*, que editaba en París Gómez Carrillo y que se dirigía a los latinoamericanos residentes en Francia. Larbaud se presenta entonces como un «americanista». Inicialmente había escrito el artículo en español, pero luego, por timidez o pudor, lo rescribe en francés y lo manda a traducir. Sabemos que el papel que desempeña más tarde en el proceso de difusión de las literaturas de América Latina en Francia es capital; también se sabe de su amistad con Ricardo Güiraldes y con el mexicano Alfonso Reyes. En París, en la célebre librería de Adrienne Monnier, conoció asimismo al brasileño Oswald de Andrade que le hace leer a Machado de Assis. Sin embargo, es verdad que cuando se habla de Larbaud, ese *passieur* universal que nos permitió descubrir a tantos autores de países diferentes —quizá la única literatura que no exploró fue la alemana—, se piensa sobre todo en el hombre de la traducción francesa de *Ulises*. Si no se puede negar que le dedicó mucho tiempo a la literatura anglosajona, lo cierto es que sus esfuerzos no siempre se vieron coronados por el éxito. ¡Pienso en la traducción y en los prólogos de los cinco libros de Samuel Butler! Con todo y tanta devoción, Butler es muy poco leído en Francia y está prácticamente olvidado en Inglaterra. El *Ulises*, pues, eclipsó a todo lo demás. Ahora bien, cuando se analizan las cosas con más detalle, resulta que el papel de Larbaud en la historia de la traducción de la obra de Joyce es bastante ambiguo y está hecho de aceptaciones y negaciones. Es en él en quien se piensa primero cuando Adrienne Monnier y Sylvia Beach deciden editar una versión francesa. Pero, en diciembre de 1921, Larbaud dicta una conferencia sobre el *Ulises* y lee una serie de fragmentos que no han sido traducidos por él sino por un joven literato, Jacques Benoist-Méchin (el mismo que acabará de admirador del ejército alemán). León-Paul Fargue también se había metido en el asunto de la traducción de los fragmentos y, como de costumbre, lo entrega

todo tarde. Luego, cuando se trata ya de traducir el libro entero, Larbaud renuncia al encargo y recomienda a un traductor de poesía, Auguste Morel, que no consigue salir airoso del lance y acaba pidiéndole que le ayude. Larbaud acepta revisar la traducción. León-Paul Fargue debía ocuparse, por su parte, de la traducción de las «cochinadas», las expresiones soeces y obscenas. Pero de pronto Joyce designa a Stuart Gilbert como a la persona que debe corregir el trabajo que se ha hecho. Todo esto acaba en un monumental y general enfado. Fargue y Larbaud se pelean, y a ambos se les prohíbe poner los pies en la librería de Adrienne Monnier. Larbaud, entre tanto, ya ha vuelto por los caminos de la lengua española: le interesa una vida de Goya escrita por Eugenio D'Ors y sobre todo se ocupa, con la joven Mercedes Legrand, de la traducción de la *Rosaura* de Güiraldes. Creo que, para hacerse una idea justa del cosmopolitismo literario de Larbaud, hay que ir a Vichy donde se reconstituyó su biblioteca en la mediateca que lleva su nombre. Los libros están ordenados por lengua: francés, inglés, español, portugués, italiano. No deja de maravillarse cómo este hombre, cuya vida activa se interrumpe en 1936, después del ataque que lo dejó parálítico y afásico, ya había reunido todo lo que cuenta hoy en las literaturas de Europa y América.

—¿No cree usted que el lanzamiento de la colección *La Cruz del Sur y la labor de Roger Caillois en Gallimard a partir de los años cincuenta* arrojó en cierto modo un velo de olvido sobre todo lo que Larbaud hizo por la literatura latinoamericana en Francia durante el periodo que corre entre las dos guerras mundiales?

—Lo que Larbaud hace por la literatura latinoamericana a comienzos del siglo XX, Roger Caillois lo continúa más tarde. Existe un estrecho vínculo entre Larbaud y Caillois. No en vano el segundo fue miembro del jurado del premio Valery Larbaud. Es más, la alcaldía de Vichy, que había comprado como fondo vitalicio la mansión de la familia Larbaud en Valbois, solía alquilársela a Caillois. Allí fui a verlo varias veces. Las vicisitudes de la guerra y un prolongado exilio en América del Sur lo habían ganado para la causa de una literatura que promovió sin cesar en Francia. En 1939, Jules Supervielle le presentó a Victoria Ocampo, que iba a jugar un papel decisivo en su vida sentimental y en su acción política y literaria. También va a conocer a Gabriela Mistral en Niza. Victoria Ocampo quiere hacerlo invitar para una gira de conferencia en Argentina. Los servicios culturales franceses no